

Andrés Bello

I

Muy acertadamente, el Consejo Directivo de esa nobilísima institución caraqueña que es la Casa de Bello, tomó este libro de Fernando Murillo para iniciar la serie de publicaciones de anexos a las *Obras Completas* Andrés Bello.¹

El hecho de que ese Consejo Directivo esté formado por Oscar Sambrano Urdaneta, Rafael Caldera, Pedro Grases, José Ramón Medina, Luis B. Prieto y J.L. Salcedo Bastardo, personalidades que en la cultura hispanoamericana son, cada cual por sí, una autoridad y, reunidos, un Dicasterio inmejorable, proclama la importancia de esta nueva contribución de Fernando Murillo para el estudio cabal de Andrés Bello.

En las palabras preliminares del libro —dice don Pedro Grases—, el bellista por antonomasia, el hombre que ha hecho de su propio nombre un sinónimo de Andrés Bello —sacrificando Grases hasta su obra personal y propia, que apenas si se la conoce como merece, porque él coloca siempre a Bello por delante— que cada página de este libro revela la preocupación por alcanzar el acierto en los juicios y la precisión de los datos. «Es un ejemplo de tenacidad y entusiasmo», agrega Pedro Grases.

Quienes poseemos la fortuna de haber sido advertidos desde la adolescencia sobre la existencia y significación de Andrés Bello —Martí hizo el elogio supremo: «Entre los primeros de América él es el primero»—, y conservamos a lo largo de la vida el interés sin declive por la obra de este caraqueño universal —interés *interesado*, por lo que nos da, por lo que nos enseña—, sabemos muy bien que nunca habrá demasiados libros sobre la vida y la obra de un titán sereno como Andrés Bello. Siempre nos será harto provechoso enterarnos de lo que suscita en hombres de sensibilidad unida al saber técnico, como es el caso de Fernando Murillo, un profesor a quien la práctica de la enseñanza de materias jurídicas no ha secado el alma.

Me parece indispensable indicar a quienes no han leído el libro de Murillo y temiesen quizá por lo que hay en Bello de sabiduría imponente, así como por lo que puede pensarse de la condición profesoral de Murillo, que tendrían en las manos un «tostón», un libro técnico, exclusivo para especialistas, que padecerían un error grave. Porque este libro está brillantemente pensado y magistralmente escrito. Por esto último entiendo la articulación clarísima del pensamiento en su formulación escrita, sin excesos literarios artificiales, sin entregarse al tentador artificio del adorno, que encubre tantas veces la inseguridad o confusión de las ideas.

Si en un escrito cualquiera se ve el estilo de modo preponderante, puede asegurarse que el autor no dominaba el cuerpo de las ideas. El estilo tiene que nacer del pensa-

¹ Andrés Bello: historia de una vida y de una obra, *publicado por La Casa de Bello, Caracas, 1987.*

miento seguro, de la convicción profunda sobre lo que se quiere decir. Fernando Murillo escribe con la naturalidad de quien sabe muy bien lo que quiere decir, por conocer a fondo el asunto. Su conocimiento del pensar, y aún del sentir de Andrés Bello es impresionante, y es hijo de su propia Minerva. Él tiene una concepción propia del alcance real de la obra de Bello, forjada por la libertad con que se ha adentrado en el vastísimo territorio de aquella sabiduría. La libertad mencionada no consiste en *tomarse libertades* con la verdadera significación, con los aportes de Bello, sino en manejar *con la autoridad del conocedor* el universo encarnado en un sabio de esta naturaleza.

Hay libros sobre grandes hombres, pensadores o héroes, que se echan a perder a sí mismos por el exceso de devoción, por la postura reverencial llevada hasta la idolatría. Una de las más recias virtudes de esta obra de Fernando Murillo sobre Andrés Bello está en la libertad autorizada, justificada, con que se mueve en su periplo por los diversos territorios en que cabe dividir la actividad creadora del maestro. La grandeza del hombre no ha cohibido en ningún momento las consideraciones que el autor juzga adecuado plantear.

Otro mérito notable de esta obra consiste en que *no es un libro beato*. No lleva el autor su bellísimo a desconocer ésta o aquella laguna del maestro en el conocimiento de una materia, por ejemplo, de alguna doctrina filosófica significativa para hacerse al manejo acabado del pensar aplicado a un proyecto ideológico determinado. Cuando hay que señalar, en el andar del magnífico y minucioso análisis del sujeto y de su obra, un vacío, el autor lo señala, con respeto, pero con esa autorizada libertad de que he hablado.

II

Queda expuesto, a mi juicio, el valor enorme de este libro sobre un tema tan trabajado como es éste de Andrés Bello y su obra. Murillo ha escrito en realidad una formidable *introducción crítica* al pensamiento de Bello, tanto en la faceta jurídica como en la filosófica. Lo menos que puede decirse de este libro es que resulta indispensable a quien quiera formarse una idea certera, bien razonada e intelectualmente responsabilizada sobre la figura culminante del proceso cultural vivido por los hispanoamericanos amigos del estudio, a partir del mismo siglo XVI hasta las postrimerías del poder oficial de la Corona española en materia de enseñanzas y de orientaciones filosóficas.

Andrés Bello es una encrucijada, un puente entre las dos etapas esenciales del proceso histórico que tuvo y tiene por escenario la América Hispana. La vigencia de Bello está en que resume y trae consigo todo el pasado, pero sin perder de vista el porvenir. El análisis, la anatomía radical practicada por Fernando Murillo en el *corpus* monumental de la obra del Maestro, nos pone ante los ojos la evidencia de sus valores *actuales*.

Hasta en lo que quepa disentir de algún concepto o de alguna doctrina, Bello es de una utilidad suma, porque es bien sabido que casi siempre nos enseña más quien nos fuerza a polemizar y a disentir, que quien nos transmite un conocimiento frío, unos razonamientos no provocativos, no incitadores de la respuesta crítica. La vigencia de Bello como fuente para el debate inteligente y bien orientado sobre el futuro cultural hispanoamericano, la tenemos ejemplificada en la decisión de la Real Academia de la

Lengua, adoptando su gramática como ponencia para debatir la confección de una nueva gramática. En lo adjetivo, el avance científico determinará quizá cambios importantes, pero en lo esencial, Bello sigue en el idioma como el idioma sigue en él.

III

Este mensaje o lectura es, con toda seguridad, el fruto mayor del libro de Fernando Murillo. Hacer grata la exposición de ciertos temas difíciles es una tarea ardua, pero el autor la ha vencido. Nos da un hombre de carne y hueso, de mente privilegiada, cierto, y de inteligencia poco común, pero ese hombre sale de las manos de Fernando Murillo *presente y vivo*. Como jurista, como gramático, como literato, como filósofo, como periodista, como diplomático, como cumplido caballero en la vida social, oficial y universitaria, *vemos* pensar y vivir a Andrés Bello: palpita entre las páginas del libro.

Y el autor, artesanalmente, fabrica un marco para ese gran retrato, donde Bello no está rígido, encorsetado, imponente, sino vigorosamente revivido y actuante. Muestra de lo que se dice aquí, la tenemos leyendo, por ejemplo, la síntesis que da Murillo de los rumbos o etapas de la biografía de Don Andrés. «La vida de Andrés Bello es un tríptico, en el que cada tabla nos da una imagen precisa de su biografía», dice. Y añade: «Si la primera es la promesa, y dibuja con sus tonalidades el contorno de una personalidad que en lo sustancial no variará a lo largo de una dilatada vida, la segunda resalta con el vigor que sólo presta el claroscuro a la profundidad y riqueza de su espíritu. Como en los segundos movimientos de las sonatas que por aquellos días componía Beethoven, hay también en ese cuadro algo de la melancolía grave y concentrada de los adagios. La tercera, de nuevo con paisaje americano al fondo, nos dice toda la riqueza temática en que se prodigó la madurez lograda. Señala la hora de la creación, de la plenitud de su talento».

Con esta musicalidad y este buen gusto está escrito todo este libro de Fernando Murillo. Ha desmontado pieza por pieza un maravilloso mecanismo —el de la dinámica y productividad de un genio—, y ha sabido volverlo a su íntegra entidad.

IV

Quiero finalizar esta nota de bienvenida a un gran libro, hecha con el único propósito de incitar a su lectura, reiterar (pensando sobre todo en la juventud recelosa de presuntos vejestorios y antiguallas) la advertencia de que en la cultura como en las artes, *sólo pasa y envejece lo inauténtico, lo falso, lo frívolo*.

Pasan las modas, la cultura no. La cultura es una sucesión, un continuo. Preguntarse ante un autor importante si «está de moda» o no, es una actitud esencialmente inculta. La moda puede ser actual y nada más que actual: no pasa de ahí. Pero la cultura es siempre inactual, en el sentido de que es sucesión, herencia asimilada y renovada por continuidad. Relegar a un autor de la magnitud de Andrés Bello a la noción de «moda» o de «pasado de moda» es insensato. Es por esto por lo que un libro que nos acerca la estatura verdadera de la obra de este prócer de la inteligencia, merece que se le reciba con gratitud y satisfacción.

Conocer a Bello es conocer la real magnitud alcanzada por el proceso de *transfusión cultural* hecho por la España de los siglos XVI, XVII y XVIII en el Nuevo Mundo. Él es como el balance final de una *aculturación* excepcional en la historia de las colonizaciones europeas. En él se sintetizó el nuevo *homo culturalis* americano, el que apuntaba ya desde finales del XVI, cuando los europeos, incluyendo a los propios españoles de la Península, pudieron advertir la presencia incipiente de un *tono*, de un colorido, de un estilo hispanoamericano propio, peculiar.

Es apasionante seguir paso a paso la formación de esa peculiaridad o identidad de lo hispanoamericano, que es profundamente hispánica, por supuesto, pero al mismo tiempo es eso y otra cosa. El Inca Garcilaso y Sor Juana son, aparentemente, dos clásicos españoles más, con una actitud ancilar ante lo español que en teoría les quitaba a ambos personalidad. Pero detrás, dentro de esa apariencia, estaba, está, como la almendra en el caparazón de la nuez, *lo americano*.

Esa peculiaridad latente en los clásicos de esos siglos fundacionales, se transforma en personalidad adulta, en una *mayoría de edad*, en Andrés Bello. Hasta por el calendario es un gozne, un hombre puente o bisagra que lleva del siglo XVIII al XIX, el siglo de las independencias, con la misma naturalidad con que un hijo, adulto ya, pone casa propia y echa a vivir una existencia liberada de la tutela paterna, sin que esto quiera decir que rompe, niega, o desconoce sus antecedentes, sus raíces. Andrés Bello es un arquetipo de la cultura hispanoamericana. Por esa misma realidad es un arquetipo de lo español esencial, que se manifiesta en *la ética* como razón dominante en las estructuras sociales, jurídicas, políticas y culturales mismas.

El parentesco evidente entre Andrés Bello y los grandes humanistas españoles del XVI y del XVII, o entre él y los juristas vocados a la universalidad del pensamiento entonces y en nuestros días, dio, y sigue dando, materia prima riquísima a los estudiosos del derecho, del idioma, de la literatura, de la civilización occidental en todas sus facetas. Una muestra espléndida del aprovechamiento de esa materia prima ofrecida por Andrés Bello, la tenemos en el libro de Fernando Murillo Rubiera, un libro indispensable por infinitas razones.

Gastón Baquero